

en grande apuro. Por otra parte caminaba siempre Alejandro receloso de comprometer su reputacion y de dar algun paso imprudente de que se aprovechasen sus numerosos enemigos. Los franceses, con quienes marchaba unido, obedecian solo por necesidad las órdenes de un general extranjero, y no podian prescindir de la consideracion de que iban á combatir contra franceses. No podia Alejandro ignorar que por mucha que fuese la deferencia aparente hácia su suprema autoridad, era objeto su persona de mucha desconfianza. Los sentimientos eran mútuos.

Establecido el campo de los coligados, convocó Alejandro á consejo sobre los medios de levantar aquel sitio, objeto principal entonces de sus operaciones. Españoles, italianos, flamencos, todos querian ser los primeros en penetrar por las líneas enemigas, y llevar socorros á la plaza. Pero los que mas pugnaban por ser los primeros eran los franceses, alegando que siendo la guerra contra los de su misma nacion, á ellos cumplia particularmente combatir por la causa y honor de su partido.

El duque de Parma les hizo ver que esfuerzos parciales, tratándose de librar aquel sitio por tantas tropas sustentado, serian completamente inútiles y no contribuirian mas que á continuos descalabros que terminarian en la ruina del ejército; que era preciso marchar juntos y presentar batalla al enemigo, pues solo así seria posible forzar sus líneas, y hacerles levantar el sitio.

Mientras tanto enviaba á todas horas reconocimientos el duque de Parma para examinar bien el pais de los alrededores, y los puntos por donde le sería mas facil caer sobre la plaza. Estaba á la sazón el rey con la mayor parte de la caballería en las inmediaciones de san Clut, pues debemos tener presente que sus necesidades le obligaban á presentarse en muchas partes. Se aprovechó de esta circunstancia Alejandro para colocarse entre la infantería del rey y su caballería, y atacar en

seguida la segunda ocupada en defender sus líneas. Para esto, despues de haber tomado reseñas de todos los puntos y caminos por donde debian dirigirse las columnas, convocó á consejo y manifestó su determinacion de moverse al dia siguiente, manifestando el plan de las operaciones y asignando á cada jefe los puntos por donde debian dirigir sus movimientos. Todos aplaudieron con entusiasmo el pensamiento del duque de Parma, separándose en seguida para sus preparativos de batalla. Para mayor seguridad habia dispuesto Alejandro que una columna de quinientos hombres escogidos entre españoles, italianos y alemanes, mandados por un capitan llamado Vara, penetrasen en la ciudad por caminos escusados, advirtiendo á los vecinos y á la guarnicion que estuviesen prontos á auxiliar el movimiento. Así lo hicieron en efecto despues de arrollar algunos cuerpos de guardia que á su paso se oponian. Mas algunas horas despues de haberse los jefes despedido, recibió el duque una comunicacion del gobernador Villars, que le hizo volverlos á llamar entrada ya la media noche.

Tenia por objeto este mensaje aconsejar al duque de Mayena y demas jefes de la liga que no pasasen adelante con sus armas en defensa de Ruan, pues solo necesitaba de dinero y alguna compañía ó dos, para atender debidamente á la defensa de la plaza.

¿Qué motivos tenia Villars para hacer tan estraña comunicacion? ¿Por qué no creia ya necesario un socorro que habia pedido tantas veces?

Parece que este gobernador, en los mismos dias de ponerse en movimiento el ejército de la liga, se habia aprovechado de la ausencia del rey de Francia, para hacer una salida que tuvo el mejor éxito. Dejando á un oficial de toda su confianza el mando de la plaza con doce compañías de vecinos armados, salió con la demás gente formada en tres columnas, cada una por su puerta distinta, y dió con ellas antes de amanecer sobre

las líneas enemigas. Cogidos los sitiadores de sorpresa, combatieron en desorden, mientras los sitiados destruían y derribaban las obras, tomaban é inutilizaban la artillería, incendiaban la pólvora y saqueaban todo el campamento. Se pusieron en fuga sus enemigos hasta dos leguas de distancia de la plaza. Allí pudo reunirlos el mariscal de Biron, restablecer el orden y conducirlos otra vez hácia las líneas, cuyo terreno recobraron poco á poco, haciendo retroceder á los sitiados y encerrarse en la plaza. Sin embargo, su pérdida fué grande por el destrozo del material y de la artillería, por el derribo de las obras, por los muchos muertos y heridos, contándose el mismo mariscal de Biron entre estos últimos.

Tales eran los fundamentos que tenia el gobernador Villars para hacer ver al duque de Mayena que no necesitaba sus socorros; á tal punto le deslumbraba esta victoria, ó mas bien el deseo de alcanzar sin participacion de nadie el lauro de salvar la plaza.

Dió origen su carta, leída en el consejo de guerra, á diversos pareceres. Opinó el duque de Parma que á pesar de las seguridades que Villars manifestaba, habia que temer mucho que desistiendo los coligados de su obra, se volviesen á reunir las tropas de Enrique y poner la plaza en los apuros que antes; que era por lo mismo sumamente peligroso abandonar una operacion que tenia por objeto el levantamiento de aquel sitio por solo el dicho del gobernador, tal vez apoyado en datos muy equívocos, y que aun dado el caso de que él solo pudiese levantar el sitio, no estaria demas la presentacion del cuerpo auxiliar para molestar la retirada de los enemigos.

El duque de Mayena y los jefes de su nacion dijeron al contrario, que no pudiendo dudarse de que el gobernador de Ruan apoyaba su proposicion en datos muy seguros, seria del todo inútil que ya pasase aquel ejército que podia ser de tanta utilidad en otras partes: que Enrique

de Navarra, despues de levantado el sitio de Ruan, se moveria probablemente con su ejército para buscarlos á ellos ú otro teatro de operaciones que le fuese mas del caso; que de todos modos suponiendo siempre exacto el dicho del gobernador, no debian dejar decir que para levantar un mero sitio habia sido necesario poner en movimiento todo el ejército de la liga y de su poderoso auxiliar el rey de España. Se manifestaba bien patente en esta opinion lo violento que era para los jefes franceses de la liga el recurrir á las fuerzas de Felipe II y ponerse bajo los auspicios y mando de Alejandro. Era natural que en aquella guerra civil mirasen de mal ojo los auxilios extranjeros, y quisiesen dejar á un francés toda la gloria del levantamiento de aquel sitio. El duque de Parma, que comprendia los motivos de un dictámen tan desacertado, no insistió en el suyo; y como sabia que era la política de Felipe II el que se prolongase la contienda, dió órdenes al ejército de suspender la marcha, preparándose él con sus tropas á tomar la vuelta de los Paisés-Bajos, puesto que su permanencia en Francia carecia ya de objeto.

Retrocedió el ejército coligado á Chateau-neuf, y se acantonó en los pueblos inmediatos. Estaban paralizadas las operaciones militares por las negociaciones é intrigas de que hablaremos luego, y Felipe II nada pesaroso de que aún no se hubiese levantado el cerco de Ruan, contando con sacar mas partido de su auxilio.

Tardó muy poco en verse el desatino del gobernador de Ruan de no querer que avanzase el ejército coligado, y el desacierto mayor aún del duque de Mayena y los suyos de acceder á sus instancias. Habia volado otra vez Enrique al sitio de Ruan cuando vió el cambio de direccion del ejército de los coligados. Se estrechó el cerco de la plaza con nuevos deseos de ganarla antes que cambiasen de parecer los que se habian movido á socorrerla. Crecieron en los sitiados los apuros de viveres y las demas necesidades tan peculiares en un asedio dilatado. Por

tierra apretaba á la ciudad el rey; por el rio, de bastante anchura en aquel paraje, la hostigaban las naves holandesas. Repetía las salidas el gobernador, mas sin efecto. Era muy grande en realidad el valor de aquella guarnicion y extremada la ansia de Villars de no deber su salvacion mas que á sí mismo. En fin, agotados sus recursos, sin esperanza ya de adelantar alguna cosa, este hombre que pocos dias antes escribia tan satisfecho de sí mismo que no necesitaba auxiliadores, hizo saber los apuros de su situacion al duque de Mayena, manifestándole que tendria que rendir la plaza á no ser socorrido dentro de ocho dias.

Cambiaron con esta nueva carta los sentimientos de los coligados. El principe de Parma, que habia previsto esto mismo, tenia tomadas sus medidas para retroceder si fuese necesario. Dió, pues, las órdenes para poner en movimiento el ejército coligado; mas en el acto de verificarlo, estalló una sedicion entre los suizos que estaban al sueldo del Pontífice, manifestando que no pasarian adelante si no les pagaban los sueldos atrasados. Acudió Alejandro al alboroto con su sangre fria acostumbrada: hizo castigar á los jefes del motin, y para satisfacer á los que se decian agraviados mandó que se les distribuyesen cuarenta mil escudos de oro destinados al pago de los españoles. No se dieron estos por ofendidos de una providencia en que contaba el duque de Parma con su desprendimiento.

Sosegados los suizos, se puso en abril de 1592 el ejército en camino, intransitable con las lluvias. Padecieron mucho las tropas en la marcha. Con gran trabajo pasaron el Somma fuera de madre con casi todos los vados destruidos. Así llegaron hasta dar vista á los sitiadores de la plaza. A una legua de distancia de la ciudad se encontraron con el legado del Papa en Francia, quien recorrió los cuerpos distribuyendo por todas partes bendiciones.

Era estrella del rey de Francia levantar sitios á la aproximacion de las tropas de Alejandro. Se alejó en

efecto de los muros de Ruan como le habia sucedido en París, sin empeñar una batalla que le hubiese sido muy funesta. Muy poco tiempo despues hizo su entrada de triunfo en Ruan el duque de Parma, recibiendo las bendiciones y aplausos de los habitantes, que mostraron con fiestas y regocijos públicos lo importante del servicio que les habian hecho sus libertadores.

El rey Enrique se retiró con sus tropas á Pont-de-l'Arche, sin plan ninguno por entonces.

Dueños los coligados de la plaza de Ruan, deliberaron en consejo sobre sus operaciones ulteriores. Opinó Alejandro porque se marchase sin perder momento sobre el ejército del rey y se aprovechase el desorden y abatimiento en que debian de estar sus tropas despues del levantamiento de aquel sitio prolongado, cuando se creian en visperas de hacerse con una presa tan apetecida. Parecia esta la opinion mas sana, dictada por los buenos principios de la guerra; mas no fue la del duque de Mayena y los jefes de su nacion que estaban á sus órdenes. Expusieron estos los inconvenientes de marchar inmediatamente en busca del enemigo, cuyas fuerzas sin duda se aumentarían, antes de consolidar la conquista que acababan de hacer de aquella plaza, y que esto no se podia conseguir hasta que se tomase la de Caudebec, situada un poco mas abajo en la rivera derecha del Sena, aunque no en la misma orilla. Tenia el proyecto los inconvenientes de que hablaremos luego, que entonces no previó Alejandro, ó tal vez creyó de menos trascendencia. Cedió pues á las indicaciones de los otros jefes, cuyos verdaderos sentimientos penetraba, y partió con el ejército reunido á poner sitio á Caudebec, despues de tomar medidas para que Ruan quedase completamente asegurada. Se procedió á las operaciones de sitio, que comenzaron con vigor, por ser la toma de la plaza, puesto que se habian movido para esto, sumamente interesante. El duque de Parma, siempre activo, no perdió un momento en reconocer todos sus alrededores para dar

la mejor direccion á los trabajos. Fué una fatalidad para él, y mucho mas para el ejército, el que habiéndose acercado mucho á la plaza en una de estas correrías recibiese un balazo en el brazo izquierdo, cuyo accidente no percibieron al principio los mismos que le acompañaban, hasta que la sangre que corria de la herida, y un principio de desmayo por efecto de la intensidad del dolor, pusieron de patente esta desgracia. No era la herida mortal; mas de una cura sumamente dolorosa, por el paraje en que le habia entrado la bala, muy cerca ya de la muñeca. Varias incisiones le hicieron para la extraccion del proyectil; mas en esta larga operacion no perdió Alejandro su serenidad, no dejó de ocuparse en dictar las providencias que la conducta del sitio requería. A la operacion siguió una recia calentura, y aquel cuerpo ya quebrantado con tantas campañas é inquietudes, quedó postrado totalmente en cama, inspirando á todos temores por su vida. Las operaciones del sitio de Caudebec no aflojaron á pesar de este accidente desgraciado. Al contrario, les dió mas energía la irritacion del ejército, el deseo de vengarse de quienes acababan de producirle un daño irreparable. La plaza se defendió bien; mas como no era muy fuerte, y por otra parte se veía sin auxilios de afuera, con grandes apuros de víveres, de municiones y ademas con brecha abierta, tuvo que capitular, aunque no dejó de experimentar los efectos de la furia de los vencedores. Mientras tanto continuaba el general en jefe tomando disposiciones y dando órdenes desde su cama de dolor, siempre con la misma serenidad y calma; mas atormentado interiormente con la idea de los males que su situacion produciría. Por fortuna dejó la enfermedad de parecer mortal, y todos concibieron esperanzas de ver pronto al duque de Parma animándolos de nuevo con aquella presencia y aquella voz que tantos triunfos alcanzaba.

Habia sido el movimiento sobre Caudebec una gran falta de Alejandro. Si la conoció desde un principio, sin

duda la echó de ver por los movimientos que hizo el rey de Francia para aprovecharse de ello. Está la plaza de Caudebec muy cerca de la costa y se reputa como cabeza de un territorio llamado Caux, que forma una especie de península, lindando á la izquierda con el Sena que corre allí muy caudaloso, y por la derecha con una especie de ensenada muy avanzada dentro de la tierra. Para dejar Alejandro aquel pais no tenia mas camino que el de la garganta ó del istmo que le tomó el rey de Francia, cuyas tropas se hallaban en Pont-de-l'Arché, en Eux, en Dieppa y otros pueblos de los alrededores. Forzar el paso por aquella lengua de terreno defendida por las líneas del rey de Francia rayaba en lo imposible. Por agua parecia muy difícil todo escape, siendo los buques que cruzaban por la costa ingleses ú holandeses, todos de la parcialidad de Enrique. ¿Qué haría pues Alejandro en este aprieto? Su rival comenzaba ya á gustar del placer de la venganza. Despues del levantamiento del sitio de Ruan habian llegado nuevas fuerzas, hasta el punto de verse ya á la cabeza de un ejército de cerca de veinte mil infantes y seis mil caballos.

Su táctica debía ser la misma entonces que la de Alejandro cuando se hallaba en iguales circunstancias; mantenerse en sus líneas sin empeñarse en batalla que fuese decisiva, privar al enemigo de toda comunicacion, y sobre todo de recibir convoyes, aguardando á que los apuros de su situacion pusiesen en sus manos la victoria. Los coligados se habian corrido al pueblo de Ivetot, á tres leguas de Caudebec, como punto de mas recursos y mas écntrico. El puerto del Havre de Gracia se mantenía á su devocion; mas las comunicaciones por tierra eran sumamente difíciles; por mar casi imposibles, hallándose de por medio las naves inglesas y holandesas. En el campo de los coligados se luchaba ademas con otra dificultad; á saber, la falta de armonía entre los jefes.

En esta situacion se empeñaron varias refriegas, si no batallas entre los campos, siendo agresores por lo regular

los de Alejandro. Permanecia éste en cama dando sus disposiciones; á veces tomaba la resolucion de montar á caballo cuando creia que era indispensable su presencia; mas tenia muy pronto que apearse extenuado de fatiga. Mientras tanto se pasaba el tiempo, sin que tantos conflictos produjesen mas que sangre inútilmente derramada.

Era ya indispensable tomar algun partido. El único que restaba á los aliados y que concibió Alejandro, parecia tan difícil y arriesgado, que el duque de Mayena y sus parciales no le aprobaron sin una fuerte resistencia. Se reducía á pasar el ejército al otro lado del Sena que va muy ancho por aquel paraje, á la vista de los buques enemigos, y con el ejército del rey de Francia á retaguardia. Exigia tal secreto la operacion que no la comunicó el duque de Parma á nadie hasta el momento de efectuarla. Era tan azarosa, que ni aun habia contado con su posibilidad el enemigo, ya confiado de que pediria capitulacion el ejército de los aliados. Tal vez contribuyó la misma calidad de lo difícil á que fuese ejecutable. Se hizo Alejandro con barcas y hasta balsas que habia encargado á Ruan y que bajaron el Sena cubiertas con las tinieblas de la noche. En seguida dispuso los preparativos de su marcha con todo sigilo, sin que lo sospechasen los contrarios. Fingió primero una retirada á Caudebec como con el solo objeto de ponerse mas lejos y dar mas extension á sus líneas por la costa. Así lo comprendió el rey de Francia, al mismo tiempo que veia mas seguro su triunfo en aquel nuevo movimiento de Alejandro. Aprovechó el duque de Parma su corta residencia en Caudebec mandando construir algunos reductos en la orilla para alejar las naves holandesas mientras el paso de sus tropas, operacion que pareció natural al rey de Francia, dando por supuesta la intencion del duque de extender sus líneas.

Mientras tanto bajaban el Sena las barcas y balsas que en Ruan se habian preparado por orden de Alejandro. Aquella misma noche, que era el 20 de mayo, hizo

el duque embarcar su artilleria, equipajes, trenes y mas material, y él lo verificó con sus tropas al amanecer cubierto con una niebla muy espesa, dejando para cubrir su retirada, situados en uno de los dos castillos ó reductos, como unos dos mil hombres.

Cuando supo el rey de Francia al dia siguiente el movimiento de Alejandro, ya se hallaba éste en la otra rivera con la mayor parte de sus tropas. Avanzó inmediatamente con su caballeria, y no halló enemigos que combatir, fuera de los que protegian el paso, situados en el reducto que hemos dicho. No quiso el rey de Francia, ó no tuvo por cuerdo forzar á esta gente en su atrincheramiento, y se redujo á enviar avisos prontos á los buques holandeses situados en Quille Beuf para que acudiesen inmediatamente á impedir el desembarco. Llegaron demasiado tarde los avisos. Cuando se movieron las naves holandesas, ya se hallaban en la otra orilla hasta los mismos dos mil hombres de la retaguardia con su artilleria y demas material necesario para la defensa del castillo.

Y era la tercera vez que el duque de Parma se veia victorioso del rey de Francia por la fuerza de su táctica. Porque victoria era salvar su ejército de una ruina inevitable: victoria privar á su rival de una presa que ya tenia por segura. Si el duque de Parma cometió una grave falta metiéndose en el pais de Caux cediendo á sugestiones ajenas y no á la suya, la expió con brillantez, del modo que lo saben hacer los grandes hombres.

Se retiró el coligado hácia Paris, donde tantas negociaciones é intrigas fermentaban. En cuanto al duque de Parma, de quien nos ocupamos exclusivamente por ahora, debió de considerar como terminada su mision en Francia habiendo sido levantado el cerco de Ruan, objeto principal de su venida. Tomó, pues, la vuelta de los Países-Bajos á donde llegó muy quebrantado de salud, habiéndosele renovado sus achaques de resultas de su herida mal curada. Por tercera vez tuvo que recurrir á los baños de Spá, pero no tuvieron resultado favora-

ble. Mas que su enfermedad física le aquejaba el disgusto de ver lo que pasaba en Flandes y los tristes resultados producidos por el empeño de Felipe II en sacarle de un país donde había puesto sus negocios en un aspecto tan brillante. Mientras él hacía levantar el sitio de Ruan se apoderaba Mauricio de Stenowick y de Coverden, aplicándose mas que nunca á la organizacion de las provincias que estaban á su cargo. En esta situacion pidió Farnesio licencia al rey para restituirse á su país y atender á su salud deteriorada. La respuesta de Felipe, llena de frases amistosas en elogio de sus hechos y merecimientos, fue una orden para entrar por tercera vez en Francia con el mayor número de tropas que pudiese.

Dejando para su lugar la indicacion de los nuevos apuros que movieron á Felipe II para tomar esta medida, nos contentaremos con decir que el duque de Parma se hizo un deber de obedecerle con la misma puntualidad que las pasadas. Arregló los tercios que debían precederle en la marcha poniéndolos al mando del italiano Apio de Comitibus, oficial muy experimentado y de grandes servicios en aquella guerra. Muy poco tiempo despues se movió Alejandro de Bruselas y á cortas jornadas, pues otra cosa no le permitía el mal estado de su salud: entró á últimos de octubre en Arras, capital del Artois, en que pensaba establecer su cuartel general y concertar con los jefes de la liga su plan de operaciones.

En lugar de mejorarse la salud del duque de Parma se agravó su enfermedad sin que los médicos tuviesen esperanzas de curarla. A pocos días de su llegada á Arras cayó postrado en cama, de donde estaba destinado á no volver á levantarse. Conservó la atencion á los negocios de su gobierno, sin que ningun día en medio de su postracion dejase de firmar los despachos ó pliegos que le parecían mas interesantes. Ninguno tenia ya esperanzas de conservar una vida tan útil para el rey; tan preciosa para cuantos militaban á sus órdenes. Al amanecer del 2 de diciembre de 1592 le sobrevino un acci-

dente que le privó del sentido, y que algunos creyeron le último momento de su vida. Mas volvió en sí y conservó su razon por algun tiempo mientras le administraron la unción, pudiendo con trabajo dictar sus últimas disposiciones. Al cabo de dos horas espiró tranquilamente llenando de luto á toda su familia que rodeaba su cama, y en seguida á la ciudad, donde se esparció la noticia de su fallecimiento.

Fácil es de imaginar lo sentida que fué aquella muerte en todo el ejército, en todos los pueblos donde el duque de Parma había sabido excitar tan vivas simpatías. Despues de haber estado expuesto en público su cadáver por espacio de dos días, fue trasladado de Arras á Bruselas, donde hizo una entrada solemne rodeado de las autoridades y el pueblo que le salieron á recibir hasta las puertas. Fué allí sepultado con todo el aparato y magnificencia de las exequias debidas á tan alto personaje. Poco tiempo despues fueron sus restos conducidos á Parma, donde se depositaron junto á los de sus antepasados.

Falleció Alejandro Farnesio, duque de Parma, á los cuarenta y ocho años no cumplidos de su edad, pudiendo creerse de su robusta constitucion que hubiese sido mas larga su existencia, á no haberla acortado sus trabajos é inquietudes de ánimo, unidos á los efectos de una herida de que no se curó radicalmente. Con su muerte perdió Felipe II su mas útil servidor en la parte militar, y la Europa el capitán que estaba á la sazón sobre todos los del mundo. Ocupaba sin duda Alejandro este alto puesto desde la muerte del duque de Alba, con quien tuvo tantos puntos de contacto. Era casi igual en ambos el don de mando, el ascendiente que sobre sus inferiores ejercian, la atencion á establecer y conservar la disciplina, el tino en dirigir sus operaciones, y la habilidad en evitar combates cuando por otros medios podían llegar á una victoria. No es nuestro ánimo llevar mas adelante un paralelo en que tal vez Alejandro llevaria ventajas. A cuantos gobernadores de Flandes le precedieron y siguieron,

eclipsó sin duda, es decir, bajo esta cualidad, pues las hazañas principales del duque de Alba y de don Juan de Austria no habian tenido por teatro los Países-Bajos. Si no pudo Alejandro distinguirse por batallas campales en una guerra donde por circunstancias de localidad debian de reducirse las operaciones solo á combates de puestos, á defender y atacar plazas, tuvo la parte principal en la victoria de Gemblours y en la retirada feliz que hizo el ejército de las líneas de Arnen cuando mandaba don Juan de Austria. Los nombres de Mastrick, Breda, Zupthen, Tournay, Oudenarda, la Esclusa, serán memoria eterna de su habilidad; en Amberes se halla su palma mas esclarecida. Al tomar el mando de esta region, estaba obedecido el rey de España en tres provincias solas de las diez y siete de que se compone: cuando lo dejó para trasladarse á Francia, en solo tres daba órdenes el príncipe Mauricio. Cupo la distincion al duque de Parma de echar de Flandes los tres gobernadores extranjeros que se le pusieron de frente, á saber: el archiduque Matías, al duque de Anjou y el conde de Leicester. Para consumir su fama militar le tocó el medirse en persona con un caudillo, que por su rango y gloria personal ocupaba entre los capitanes uno de los puestos mas esclarecidos. Por dos veces Enrique de Navarra, rey de Francia, fué vencido sin necesidad de batalla, en otra ocasion por su atrevida y hábil maniobra le arrancó de entre las manos una victoria que le parecia infalible. Si del capitán pasamos al hombre, hallaremos que era desinteresado, generoso, apreciador del mérito, celoso por su recompensa; tan humano como se puede ser en los campos del combate. Es uno de los grandes títulos de elogio en el duque de Parma que ninguno de sus enemigos trató de echar manchas sobre su valor, capacidad, honradez y demas prendas que caracterizaban á los caballeros de su tiempo. Ninguno le acusó de crueldad, de falta de palabra, de abusar de sus victorias. Los mismos que aborrecian tanto la causa política que defendia, los que detestaban la me-

moria del duque de Alba, los que miraban con tanto horror al rey de España de quien era servidor, y se mostraban enemigos tan encarnizados de la liga con cuyas armas unió las suyas Alejandro, hicieron justicia á su generosidad, á la elevacion de sus sentimientos, á la virtud de sus principios. Con su muerte se puede decir que se eclipsó la estrella de Felipe II, y terminó el favor de su fortuna.

FIN DEL TOMO TERCERO.